

## Editorial

# La conciencia en la medicina

Dr. José Enrique Sánchez-Chibrás\*

Desde un punto de vista simple y práctico, la conciencia es una propiedad inherente a los seres humanos que al parecer no es común en el resto de los seres vivos, nos permite reconocer nuestros atributos así como la condición natural de nuestra existencia, con la posibilidad de percibirse a sí mismo como un individuo, un sujeto que es parte de su entorno y del mundo, la identidad del ser y del estar.

Es una actividad mental, privada, individual que nos obliga a revisar el interior, recorrer nuestras entrañas para establecer una comunicación y relacionarnos con el exterior, con lo que nos rodea, dejando una marca en nuestro comportamiento que nos identifica y clasifica, para manifestar la calidad y cualidad de vida que decidimos llevar.

El ejercicio de la conciencia nos obliga a un proceso continuo de reflexión para llegar al conocimiento de las cosas y establecer, desde nuestro punto de vista, el valor del bien y del mal, de lo falso y lo verdadero, de lo correcto y lo incorrecto. Es la forma de diseñar y establecer los límites de lo permisible y lo inaceptable. La conciencia es el artesano de nuestra conducta.

Una saludable recomendación es efectuar de cuando en cuando una auditoría, aunque sea parcial, de nuestras acciones y omisiones, en un verdadero examen de conciencia, usando esa introspección voluntaria como el método para detectar aciertos y errores que nos permita modificar estrategias, actitudes, tapar los baches, modificar el camino, crear nuevos senderos, reconstruir nuestra imagen sin *Photoshop*.

La conciencia nos da conformidad nos sirve para darnos cuenta de las cosas, para percatarnos de todo aquello que nos concierne; sobre todo, es un factor fundamental para mantenernos conscientes, en tanto que modula el estado de vigilia y el de sueño, actuando indistintamente a favor y en contra.

Nuestra conciencia a veces juega el papel de juez y otras de confesor. Es el inevitable encuentro cuando afloran los remordimientos, esos cargos o

cargas que no podemos manejar, que debemos expiar haciendo la restauración necesaria ante aquellos hechos o acciones que nos incomodan, de las que no estamos satisfechos, para lograr la catarsis terapéutica que nos reconforta. También es el monitor infalible de todas nuestras acciones, la bitácora que se graba en la memoria para confrontarnos con nuestra tabla de valores, la que cada uno construye para emitir el veredicto que califica nuestra cotidianidad. Con cierta frecuencia tratamos de ignorar lo que nuestra conciencia nos reclama, son los cuestionamientos que queremos evadir, es la fuga que no podemos completar. Sin embargo, nuestra conciencia ejerce su poder, del cual no podemos escapar.

Debemos actuar de acuerdo con lo que nos dicta nuestra conciencia, es un buen consejo que no debemos desdeñar, aunque a veces nos parezca caprichosa, conservadora, anticuada, en ocasiones, el yugo que reprime y se opone a nuestro relativismo liberador. La debemos considerar como una aliada fiel, ya que es el verdadero almacén de las virtudes.

En todas nuestras actividades, y en particular en la práctica profesional de la medicina, hay derechos a los que no podemos renunciar y los debemos ejercer en plenitud, tal es el caso de la objeción de conciencia. Necesitamos entrar en el espacio ético de la conciencia para hurgar en ese recinto interno y encontrar las herramientas que faciliten el diseño de destinos, el trazo de los caminos, la inspiración de las conductas, pero sobre todo la moderación de los excesos, en una función que no nos limite, pero que sí nos regule. Debemos entender a la objeción de conciencia como el medio para hacer lo correcto, la moderadora de la actividad cotidiana para evitar hacer aquello que consideramos incorrecto.

Es gratificante hacer las cosas a conciencia, es una buena costumbre que nos dignifica como médicos. Debemos trabajar con empeño apegados al rigor científico de nuestros conocimientos y experiencia, sin regatear esfuerzos ni escatimar afectos,

---

\* Ex-presidente de la Sociedad Mexicana de Angiología y Cirugía Vascular.

manteniendo el rumbo que confluye en el punto toral de nuestra profesión: el paciente y su padecer.

Sólo al cobrar conciencia del lugar que debe tener nuestro oficio en la sociedad lograremos retomar el sitio que nos corresponde, el que estamos obligados a desempeñar, el que nos merecemos, para cumplir con nuestro papel como elementos útiles comprometidos con nuestra comunidad, marcados con el entusiasmo como signo de identidad. Por la tanto, será fundamental consagrar la libertad de conciencia como el método indispensable para una praxis integradora y trascendente, en donde no tienen lugar los actos que tratan de reprimir o silenciar a nuestra conciencia.

Las lecciones de vida hay que asimilarlas para moldear la conducta que nos identifica y en conjunto con otras experiencias e influencias, pero sobre todo con la herencia, construir la personalidad y la particular forma de actuar de cada uno. En un lugar especial tengo en mi memoria el consejo de mi maestro, el Dr. Ramiro Hernández-Salgado (qepd), para lograr una convivencia humana placentera y trascendente. De acuerdo con Don Ramiro el secreto es: “traten a los demás como quieran que los traten a ustedes”. Es evidente que el mensaje tenía un enfoque estrictamente humano y social, pero poco tiempo después descubrí un profundo sentido espiritual (Lucas 6: 27-38).

El poner en práctica esta recomendación implica que actuemos siempre con los demás, en particular con nuestros enfermos, de la misma forma y con un trato similar al que nos gustaría tener cuando nosotros estemos sentados en el sillón del paciente. Sin embargo, paradójicamente, somos contradictorios, ya que no queremos que nos hagan lo que nosotros hacemos con los enfermos en estado grave o terminal. El Dr. Joseph Gallo publicó en 2003 un estudio en el que 68% de médicos consultados habían dejado por escrito lo que querían y no querían que se hiciera con ellos en caso de quedar incapacitados para tomar decisiones, en contraste con sólo 20% del público general [*J Am Geriatr Soc* 2003; 51(7): 961-9]. El Dr. Dan Morhaim, autor del libro *The Better End* (Un final mejor), considera que las instrucciones por escrito del médico son porque “han visto lo que ocurre si no lo hacen: el enfermo es sometido a un proceso doloroso y tortuoso”. Al respecto, el Dr. Ken Murray comentó: “Los médicos, al momento de graduarse, se comprometen a

velar por la salud de sus pacientes, ¿cómo es posible que les administren una serie de cuidados que algunos consideran inaceptables para sí mismos?” Todo parece indicar que hay una tendencia en los médicos para tener una muerte digna y en paz. Éste es un dilema que debemos analizar a conciencia para decidir qué debemos hacer y, sobre todo, establecer prudentemente los límites de nuestro proceder.

Debemos escarbar hasta los cromosomas de nuestra conciencia médica la razón por la que nos hemos permitido alejarnos del paciente. Seguramente es el signo de los tiempos modernos, la nueva forma de establecer la relación médico-paciente, si es que podemos dividirla en una antigua y otra actual. Según un reporte reciente de la Johns Hopkins University School of Medicine, los médicos en formación en un hospital universitario pasan sólo 12% del total del tiempo de estancia en el nosocomio con el paciente, y 40% del mismo, sentados enfrente de la pantalla de una computadora. Sin pacientes no hay medicina.

El teólogo Joseph Ratzinger, nos pone en alerta, al expresar ante un grupo de médicos que: “Hoy, aunque por un lado, con motivo de los progresos en el campo técnico-científico, aumenta la capacidad de curar físicamente al enfermo, por otro lado, parece debilitarse la capacidad de ‘atender’ a la persona que sufre, considerada en su totalidad y unicidad. Así que parecen ofuscarse los horizontes éticos de la ciencia médica, que corre el riesgo de olvidar que su vocación es servir a cada hombre y a todo el hombre, en las diversas fases de su existencia”. El reto es unir en una sola acción ambas tareas, para que curar y atender se vuelvan una sola.

Creo que todas estas inquietudes se pueden resumir muy bien en el concepto que el médico y escribano —en realidad, un excelente escritor— Florencio de la Concha, tiene de lo que es el médico, con el que coincido en plenitud. El Dr. De la Concha nos dice: “Ser médico es gozar —y, por qué no, también padecer— una vida de oscilaciones, entre la ciencia y la emotividad, el raciocinio y la empatía, la duda metódica y la mentira piadosa, el pesimismo dentro de las estrategias y el optimismo ante las preguntas del enfermo. Ser médico es saber morir con la vida plena y vivir con lo irremediable de la muerte”. Debemos procurar y fomentar la práctica de la medicina con más ciencia en conciencia.

